

EL ORIGEN CENTROANDINO DEL AIMARA

Rodolfo Cerrón-Palomino*

Resumen

Tradicionalmente, en especial en el lado boliviano, se acepta como un hecho el origen altiplánico del aimara. Es más, se ha sostenido que la lengua de Tiahuanaco habría sido ésta. En este trabajo se buscará demostrar, teniendo en cuenta los estudios diacrónicos recientes, que el aimara es una lengua de procedencia centroandina y de ocupación relativamente tardía en el territorio collavino, y que, consecuentemente, mal podría asociársela con el desarrollo y expansión de la civilización tiahuanacuense. Por consiguiente, habrá que pensar en otras alternativas lingüísticas para la zona altiplánica.

Abstract

THE CENTRAL ANDEAN ORIGIN OF THE AIMARA LANGUAGE

Traditionally, it has been thought, especially on the Bolivian side, the Andean High Plateau as the original homeland of the Aymara language. What is more, it has been maintained that this language could have been spoken by the Tiahuanaco civilization founders. In this paper attempt will be made in order to show the Central Andean provenience of Aymara, and therefore its relatively recent occupation of the Peru-Bolivian High Plateau, thus questioning its correlation with Tiahuanaco. The main argument in support of this hypothesis (otherwise formulated previously by scholars such as Middendorf) comes from diachronic processes of Proto-Aymara branching and further evolution into its modern dialects.

«La lengua Aymará es la más general de todas, y corre desde Guamanga, principio del obispado del Cuzco, hasta casi Chile ó Tucumán; es bien diferente de las otras lenguas, aunque toma algunos vocablos de la quichua, variando la declinación, y formación pero no la significación. Esta también se habla con alguna variedad en algunas partes; pero [...], quien la supiere bien en una provincia la entenderá en las otras» Ramírez 1906 [1597]: 297.

0. Antecedentes

Hasta la década de los sesenta del siglo XX, y luego del debate en torno a las tesis quechuistas y aimaristas de la civilización tiahuanacuense, protagonizado en el Perú por Riva-Agüero y Uhle, respectivamente (Cf. Cerrón-Palomino 1998; 2000: Cap. VII), pareció alcanzar cierto consenso la asociación del aimara al área altiplánica, y, por consiguiente, la adscripción de dicha lengua a los creadores del gran portento de Tiahuanaco. Ello respondía, en buena medida, a la situación de los estudios tanto arqueológicos como lingüísticos de los Andes centro sureños. Desde el punto de vista arqueológico, muy poco se conocía aún acerca de la civilización huari, que se consideraba eminentemente tiahuanacuense; y, desde el terreno lingüístico, se ignoraba por completo la historia y el desarrollo de las dos lenguas mayores del Perú: la quechua y la aimara, cuyas variedades modélicas —el quechua cuzqueño y el aimara altiplánico—, habían acaparado hasta entonces la atención de los estudiosos. Dentro de tal contexto, se asumía el Cuzco como la zona de origen y expansión del quechua y el aimara como la lengua de la civilización tiahuanacota. Las referencias documentales acerca de la presencia de elementos aimaras al oeste del Cuzco (v.g. en

* Pontificia Universidad Católica del Perú, Departamento de Humanidades, Lima. e-mail: rcerron@pucp.edu.pe

las *Relaciones geográficas*), así como el registro no sólo de una toponimia asignable a dicha lengua, sino también, de manera mucho más contundente, la pervivencia de relictos aimaras en plena serranía limeña, se explicaban, según las tesis prevalecientes, como resultado, si no de avances de la lengua en dirección norte en épocas preincaicas, de los restos de hablas de los *mitmas* transportados allí por los incas, o de ambos fenómenos a la vez.

La década de los sesenta se caracteriza por un extraordinario vuelco del estado de los conocimientos en materia de lengua y civilización andinas hasta entonces prevalecientes. En dicho periodo, y en etapas posteriores, las disciplinas mencionadas en líneas precedentes, alcanzaron un gran desarrollo, replanteando íntegramente las visiones hasta entonces canónicas acerca del pasado andino. Lingüísticamente, se logró bosquejar la historia y evolución del quechua y del aimara, en especial del primero, postulándose un origen central para ambas entidades, con proyecciones sucesivas en dirección sureste, del aimara en primer lugar, y del quechua con posterioridad. Desde el punto de vista arqueológico, fue reconociéndose el origen y desarrollo de la civilización huari como una entidad autónoma y paralela respecto de Tiahuanaco, aunque con influencias de ésta sobre la primera. Es así como el registro etnohistórico y lingüístico (onomástico y dialectal), revelador de la presencia del aimara en la sierra centro- sureña peruana, se interpretó no como el resultado de avanzadas de procedencia sureña, sino como un testimonio de su progresión en dirección sureste. Paralelamente, y gracias a la compulsa de los datos tanto lingüísticos como etnohistóricos, referidos al área circunlacustre, fue develándose mejor la situación idiomática de la región, en la que, del lado del aimara, se establecía un deslinde definitivo entre el puquina y el uru-chipaya, lenguas que hasta entonces se tomaban por una sola. Frente al nuevo panorama entrevisto, ya no resultaba tan sencilla la adscripción en bloque del aimara a la civilización tiahuanacuense, puesto que, con igual derecho, se podía reclamar dicha adscripción, si no al uru-chipaya, de presencia más bien eminentemente lacustre, al puquina, de clara distribución circunlacustre, con proyecciones hacia las vertientes tanto occidentales como orientales de los Andes.

Dentro del nuevo panorama descrito, se comenzaron a formular ensayos de correlación lingüístico-histórica-cultural en un afán por entender los procesos expansivos del quechua y del aimara. En relación con esta última lengua, tanto su foco de irradiación como sus fases expansivas fueron enmarcados dentro de los finales del Periodo Intermedio Temprano y a lo largo del Horizonte Medio, asociándose a la génesis, apogeo y decadencia del fenómeno huari, a partir de la región de Nasca y proyectándose en dirección sureste hasta el Cuzco, tomando contacto con la civilización tiahuanacota. Por lo que respecta al quechua, su expansión igualmente en dirección sureste, a partir de su foco inicial localizado en la costa centro-sureña peruana, colindando con el aimara por el sur, se habría producido tras la decadencia de Huari, cuyos pueblos habrían comenzado a quechuizarse de manera gradual, para más tarde, con los chancas, llegar a las puertas del Cuzco. Según ello, la quechuización de la capital incaica y sus alrededores se habría efectuado sólo a fines del siglo XIV y comienzos del XV, es decir un par de centurias aproximadamente tras al asentamiento del aimara en la región altiplánica. Tal es, de modo tentativo, el cuadro de acontecimientos formulado, desde el terreno lingüístico, por Torero (1972) y Martha Hardman (1975). Otra ha sido, sin embargo, la posición adoptada por los etnohistoriadores y arqueólogos, quienes han propuesto asignar el quechua a la civilización huari, concebida como un estado expansivo, asumiendo implícitamente el origen altiplánico del aimara. Así lo han sostenido, implícita o explícitamente Espinoza Soriano (1982: 179), Zuidema (1973) y Rostworowski (1977), entre los etnohistoriadores. Desde el lado arqueológico, a su turno, y en correlación con datos provenientes de la lingüística y de la paleobotánica, es conocida la hipótesis pro-quechua de Huari de Bird, Browman y Derbin (1983).

1. Procedencia del aimara

Si se toma el aimara, que es el tema de la discusión, tres son las zonas de emplazamiento original que se han planteado para la lengua. La primera, que correspondería a la región centro-

sureña del Perú, ya fue caracterizada en líneas generales, y es la que sostienen Torero y el que escribe, con algunas diferencias sobre todo en cuanto a las fases expansivas de la lengua (*Cf.* ahora, Torero 1998; Cerrón-Palomino 2000: Cap. VII). La segunda, cuya zona de irradiación inicial se ubicaría en la región atacameña, fue sostenida inicialmente por Uhle, y luego actualizada, en base a referencias documentales más bien vagas, por etnohistoriadores como Espinoza Soriano (1982, 1987: Cap. 2), Teresa Gisbert (1987a, 1987b) y Thérèse Bouysse-Cassagne (1987: Cap. I, § II). La tercera hipótesis, en fin, apuesta por el carácter local altiplánico de la lengua, emplazada especialmente en el actual territorio boliviano. En Cerrón-Palomino (2000: Cap. VII) se ofrece un balance de tales hipótesis, prefiriendo la primera sobre la base de argumentos de tipo fundamentalmente lingüístico. Quien igualmente ofrece un estado de la situación, esta vez conjugando argumentos de tipo arqueológico y lingüístico, es Browman (1994). La hipótesis por la que se inclina este investigador es la que él mismo denomina la de la «larga estabilidad boliviana». Siendo Browman uno de los pocos arqueólogos del área andina que ha tocado los predios de la lingüística en busca de mayor sustento para la elaboración de su hipótesis localista del aimara, conviene examinar más de cerca su propuesta que, de paso sea dicho, parece haber sido aceptada cómodamente por algunos de sus colegas del área (*Cf.* Bonavia 1992: Cap. IX).

2. La hipótesis de la cuna altiplánica

Luego de evaluar las dos primeras hipótesis que él denomina, la del origen peruano y chileno, respectivamente, las mismas que coincidirían en suscribir un origen invasor de la lengua en el altiplano, Browman elabora su argumentación en favor del carácter local del idioma, asignándolo a la civilización tiahuanacuense. El sustento arqueológico de su propuesta radicaría en el hecho de que, según los estudios efectuados en la región tiahuanacota y alrededores, no habría indicios materiales, arquitectónicos y/o cerámicos, que señalen una ruptura violenta que acuse una incursión de pueblos con diferente tradición cultural en la zona; por el contrario, lo que se advierte allí sería una continuidad ininterrumpida de patrones culturales locales por espacio de más de un milenio de ocupación hasta la presencia de los incas en el siglo XIV d.C. Tampoco encuentra el autor patrones diferenciales que pudieran permitir distinguir entre elementos materiales asignables a los puquinas y a los pueblos de habla aimara, hecho que sería posible de haberse producido migraciones masivas en la región. Al no encontrarse registros arqueológicos que impliquen una incursión violenta en la zona, ya sea de procedencia norteña o sureña, lo más probable sería que Tiahuanaco habría sido creado por pueblos de habla aimara, cuya lengua habría estado allí desde tiempos primordiales en distribución cotérmino con el puquina y el uru-chipaya. La sociedad tiahuanacuense, liderada por aimarahablantes, habría integrado en su seno a los pueblos de habla puquina y uru-chipaya, constituyéndose en una federación plurilingüe, aunque con clara hegemonía aimara. Concluye Browman que, en vista de todo ello, «el pueblo de Tiahuanaco fue de indudable habla aimara» (1980: 117).

Ahora bien, conforme se anunció, Browman busca también fundamentar su hipótesis en datos provenientes de la lingüística. En efecto, para afianzar la tesis del localismo milenar del aimara en el altiplano, el investigador busca respaldarse en la propuesta de clasificación y zonificación dialectal que ofrece Lucy Briggs (1993 [1976]: Cap. 10) de la rama sureña de la familia. De las dos configuraciones dialectales que esta autora propone (norteña-central-sureña y central vs. periférica), Browman opta por aquella que distinguiría tres subvariedades: (a) norteña, a la cual pertenecerían las variedades de Puno y La Paz; (b) sureña, hablada fundamentalmente en el departamento de Oruro; y (c) intermedia, constituida por las hablas de Moquegua y Tacna. Pues bien, en diferentes trabajos publicados (*Cf.* Browman 1980, 1981, 1984), el autor ha querido ver en dicha configuración dialectal los reflejos de distintas fases expansivas por las que atravesó Tiahuanaco. Así, pues, Browman cree divisar una feliz correlación entre los datos arqueológicos y lingüísticos que sustentaría su hipótesis. Señala el mencionado investigador que el dialecto norteño, de mayor antigüedad, se correspondería con la fase expansiva III-IV tiahuanacuense, cuyo centro sería la hoya del Titicaca;

la variedad sureña, a su turno, de una configuración más reciente, se correlacionaría con la fase expansiva IV; y, finalmente, el dialecto intermedio, mucho más reciente, estaría acusando la V fase expansiva, de carácter más bien mitmaico. ¿Hasta qué punto dichas correlaciones resisten el escrutinio lingüístico? Ya en ocasiones anteriores (Cf. Cerrón-Palomino 1995, 1998, 2000) se ha venido sosteniendo, incluso en comunicación personal con el autor, que dicha correlación no parece tener el menor sustento. En la sección siguiente, se expondrán las razones que se adujeron entonces, y que ahora se amplían, para sostener que, al no encontrar asidero la correlación propuesta, y siendo ésta uno de los pilares en los cuales Browman se apoya para afianzar su hipótesis, ésta queda seriamente invalidada. Se quiere, pues, demostrar aquí que la hipótesis del localismo altioplánico originario del aimara es, por lo menos lingüísticamente hablando, insostenible. Descartada la hipótesis del origen sureño por razones de orden lingüístico (la supuesta cuna austral que se propone para la lengua estaba ocupada por el atacameño), queda la primera propuesta, aquella que postula un origen norteño de la lengua. La argumentación del autor en favor de ésta será una consecuencia lógica de la invalidación de la tesis localista.

3. Observaciones a la tesis altioplánica

Los intentos de zonificación y clasificación del aimara sureño efectuados por Briggs responden a un afán bien intencionado por ordenar los materiales dialectológicos obtenidos en 10 localidades representativas de toda el área collavina. En tal sentido, la investigación dialectal inaugurada por la autora tiene la virtud de poner en relieve las manifestaciones locales que adquieren los estructuras fundamentales del aimara modélico, inferido a partir del dialecto paceño, en las diversas zonas consultadas. La imagen que proyectan dichas manifestaciones de orden fonológico, gramatical y léxico es, en verdad, la de un verdadero mosaico dialectal, con desarrollos internos paralelos y casi siempre independientes motivados por presiones estructurales que se actualizan en nivelamientos y analogías que ocurren de manera «salpicada», con entrecruzamientos y superposiciones, en todo el ámbito collavino. Difícil es encontrar, dentro de dicho panorama, isoglosas que delimiten en forma excluyente áreas dialectales más o menos discretas que puedan correlacionarse con fenómenos societales convergentes o disolventes. De manera que las configuraciones dialectales que la investigadora norteamericana propone, en su afán por ordenar discriminadamente ciertos rasgos tomados como elementos definidores de áreas compartidas, resultan ficticias cuando no arbitrarias, en la medida en que lo que se asume como propio de una zona se da también fuera de ella, y viceversa. En verdad, las pretendidas «isoglosas» no son tales, hablando en términos estrictos, pues no se trata de innovaciones compartidas, definidoras de áreas dialectales, sino de manifestaciones retentivas o arcaizantes, cuando no de reajustes y nivelamientos focales e independientes. Todo ello denuncia claramente algo que la misma investigadora admite, aunque no de manera explícita: que la diversidad dialectal de la variedad collavina del aimara es superficial y de naturaleza «reciente», cosa que se traduce en la mutua inteligibilidad de sus hablantes, no obstante la vastedad geográfica que aquélla cubre. Dentro de tal panorama, la cronología que se sugiere —y que Browman acepta— entre desarrollo temprano (para la variedad «norteña»), reciente (para el aimara «sureño») y tardío (para el intermedio) resulta a todas luces completamente arbitraria, sobre todo si se tiene en cuenta que dicha periodización se hizo al margen de toda perspectiva histórica de la lengua.

En efecto, la zonificación dialectal propuesta por Briggs ha sido concebida en términos estrictamente sincrónicos sin atender a los arquetipos estructurales a partir de los cuales deben explicarse los hechos de sincronía. Lejos de postularse previamente un aimara collavino supradialectal inferido, atribuible a un protoaimara sureño, se tomó como variedad modélica el dialecto paceño sincrónico, como si se tratara de un prototipo, cuando en verdad éste debía explicarse igualmente, en paridad glotológica con las demás variedades, en función de un arquetipo de naturaleza ancestral. ¿Cómo dar cuenta de la variedad dialectal, de su diferenciación en el tiempo, de la direccionalidad evolutiva de los fenómenos consignados, al margen de un seguimiento de corte diacrónico? Dentro de un panorama como el descrito no es posible entrever cambios, descubrir tendencias ni menos

establecer filiaciones, ya que, con una perspectiva ahistórica, todos los fenómenos registrados valen por igual, no importa si se está ante hechos accidentales o esporádicos o si se tienen al frente manifestaciones evolutivas sistemáticas que van pautando el curso de la historia interna de la lengua.

De lo dicho se desprende cuán débil y arbitraria resulta la correlación lingüístico-arqueológica que sirve de sustento a la tesis del localismo altioplánico del aimara, pues se toma un estado sincrónico de corte superficial como si éste ofreciera una perspectiva diacrónica profunda y milenaria. Sobra, pues, decir que para juzgar la antigüedad de una lengua dentro de un territorio específico hace falta tomar en cuenta no solamente la familia en su integridad, de la cual forma parte la variedad collavina, sino también, y en especial, la historia evolutiva de aquélla a partir de su forma ancestral, en este caso del protoaimara. Y aquí, en descargo de Browman, se puede señalar que, al momento en que el investigador elabora la tesis que se comenta, no contaba con estudios diacrónicos integrales de la familia aimara, a diferencia de lo que ocurría con el quechua. La situación ha cambiado en los últimos años, pues ahora se cuenta ya con tales estudios, y es a la luz de ellos que se quisiera reexaminar la tesis localista del referido arqueólogo.

4. Origen centroandino

Como se dijo, esta hipótesis, que en buena cuenta es una reformulación de la sostenida por Middendorf, fue propuesta por Torero, especialista del quechua, y secundada por Hardman, iniciadora de los estudios contemporáneos del aimara. El escenario propuesto por ambos investigadores, que contempla la asignación de la costa centro-sureña peruana como el foco inicial de expansión del protoaimara para, a partir de ella, expandirse en dirección sureste, en distintas etapas correlacionables con el inicio, desarrollo, expansión y decadencia de la sociedad huari, fue concebido sobre la base de cálculos glotocronológicos efectuados tras la comparación léxica entre las variedades del aimara central y del collavino. Se trataba, a falta de estudios comparatísticos y reconstructivos, de un primer intento por establecer tiempos de diferenciación a partir de un protoaimara asumido aunque no reconstruido, pero que al mismo tiempo partía del reconocimiento de que, para explicar el desarrollo del aimara collavino, había que tomar en cuenta, de manera decisiva, el testimonio de los relictos del aimara central. Gracias al carácter testimonial y arcaizante de esta variedad podía entenderse mejor la génesis y configuración del aimara collavino y no al revés, hecho que se contradecía con la naturaleza supuestamente primordial de aquél. Para la probanza de tales supuestos era menester emprender el trabajo comparatístico y diacrónico, empresa en la que el autor se ha venido ocupando en los últimos años. En virtud de ello se está ahora en condiciones de ofrecer el sistema del protoaimara, reconstruido tentativamente, así como de proponer el cuadro evolutivo de la lengua a partir de dicha postulación, el mismo que puede dar cuenta de la configuración de las lenguas aimaraicas contemporáneas, permitiendo incluso «adivinar» aquellas variedades eliminadas por la expansión del quechua, responsable de la fractura del *continuum* aimara en la sierra centro-sureña peruana. La evidencia toponímica, escrutinizada de manera mucho más seria en virtud precisamente de los trabajos reconstructivos, y el registro documental, igualmente compulsado con el dato lingüístico, permiten comprender mejor el panorama del desarrollo y expansión de la lengua. Todo ello, además, gracias al conocimiento de la historia interna y externa de la otra gran familia lingüística: el quechua. Sólo de esta manera se está en condiciones de asignar a una u otra familia fenómenos que, de otro modo, pueden ser atribuidos a una de ellas, cuando en verdad corresponden a la otra, como ha sido la práctica hasta hace poco.

Pues bien, la reconstrucción del protoaimara (PA), efectuada tras la comparación sistemática entre el aimara central (AC) y el aimara sureño (AS), revela en forma precisa y estructurada, con isoglosas que prefiguran no sólo las variedades modernas de la lengua, sino también aquellas que desaparecieron ante el empuje del quechua, idioma responsable del actual desmembramiento del antiguo territorio continuo de la lengua. En virtud de tales isoglosas, que responden a cambios compartidos, puede intentarse, como lo ha hecho el autor, la postulación de las fases expansivas de

la lengua, que, a su vez, estarían respaldadas por los acontecimientos sociales y culturales que la arqueología devela para los Andes centro-sureños entre el siglo II a.C. y el XII d.C., es decir entre el Periodo Intermedio Temprano, el Horizonte Medio y el Periodo Intermedio Tardío. Los tiempos de separación postulados no responden a cálculos glotocronológicos como los efectuados por Torero y Hardman, quienes al momento de realizarlos desconocían la realidad interna de los idiomas comparados, en especial la del AC, proponiendo por consiguiente cifras arbitrarias; se basan, más bien, en la cronología ofrecida por la arqueología, y que, según la postulación del autor, parece correlacionarse, lingüísticamente, con los fenómenos de escisión revelados por la comparatística.

De acuerdo con el panorama que se propone (Cf. Cerrón-Palomino 2000: Cap. VII, § 3), el PA habría tenido como zona inicial de difusión la zona costeña comprendida entre las actuales provincias de Cañete (Lima) y Nasca (Ica) y sus adyacencias serranas, que habrían cubierto las provincias limeñas actuales de Yauyos, Huarochirí y Canta (Fig. 1). La primera escisión de la lengua, que dio lugar al protoaimara central (PAC) y al protoaimara sureño (PAS), se habría dado aproximadamente entre 200 a.C. y 200 d.C., con el desprendimiento del último en dirección de los actuales departamentos de Huancaavelica y Ayacucho, hecho que se reflejaría en el cambio $*V^i y V_i > V$: es decir elisión de yod y contracción de las vocales encontradas en una sola de naturaleza larga, privativo de la rama en cuestión. Configurado el PAS en el territorio señalado, éste se habría difundido en dos direcciones y en diferentes etapas: una primera, coincidente con la fase expansiva de Huari (siglo VI), se habría propagado, en dirección noroeste, proyectándose, en calidad de lengua dominante, sobre el territorio ocupado por el protoquechua central (PQC); en una segunda etapa, coincidente con el máximo apogeo de Huari (siglos VII-X), el PAS habría intensificado su presencia en el norte, «aimarizando» el PQI; y, por el sureste, habría llegado hasta el Cuzco y Arequipa, desplazando a las lenguas que se hablarían en la región, y entrando en contacto con el puquina, cuyos hablantes serían los creadores de la civilización tiahuanacota (Fig. 2). La tercera y última expansión, esta vez en la forma de un protoaimaray (PAI), constituido aproximadamente en el territorio del antiguo grupo étnico de los aimaraes (cuenca alta del río Pachachaca, Apurímac), se habría proyectado hacia el altiplano, empujado por pueblos quechuizados, durante la declinación y descomposición política y económica de Huari, ocurrida a lo largo del siglo XI (Fig. 3). Corresponderá al PAI el cambio $*_ > _$, es decir la deafricación, que reemplazará al antiguo proceso de alveolarización $*_ > t$, que quedará trunco, y cuya motivación deberá buscarse en el quechua, que venía cumpliendo el mismo proceso.

De esta manera, el PAI, que llegaría al altiplano ya aligerado en su sistema fonológico, habiendo perdido su sistema de africadas e interrumpiendo la alveolarización total de /r/, que se habría consumado en las hablas restantes, daría lugar más tarde a los dialectos actuales que se conocen. Su llegada habría acarreado como consecuencia la aimarización de los puquinas, cuya lengua iría cediendo gradualmente, interrumpiendo la puquinización de los pueblos de habla uru-chipaya. Es muy ilustrativo, en este contexto, el caso de los uros de Machaca, quienes, de acuerdo con la documentación que se dispone (Cf. Mercado de Peñalosa 1965 [1586]: 336), acababan de abandonar su puquina adquirido para devenir en aimarahablantes. La aimarización de los pueblos circunlacustres sería, de este modo, reciente, tanto que, cuando irrumpe en el escenario el quechua hacia el siglo XV, serán muchos los pueblos no aimarizados que adoptarán esta lengua en los siglos posteriores. Como puede verse, el proceso de aimarización interrumpido por el quechua se contradice abiertamente con la tesis de la ocupación milenaria del aimara en el altiplano. Pero, además, hay otro aspecto, esta vez de naturaleza eminentemente lingüística, que pone en cuestión severamente el origen «boliviano» del aimara.

En efecto, ello tiene que ver con las profundas reestructuraciones (sobre todo gramaticales) por las que pasó el quechua en los Andes Centrales, hecho que no se explicaría por una influencia del aimara proveniente del altiplano. Pero no solamente se trata de una reestructuración del quechua, pues el aimara sureño, a su turno, también sufrió los efectos del contacto idiomático intenso con aquella lengua, y cuyas manifestaciones no pueden ser achacadas sólo a una copresencia idiomática vehiculizada por los incas, pues aquéllas datan de contactos previos muy antiguos y cuyo escena-

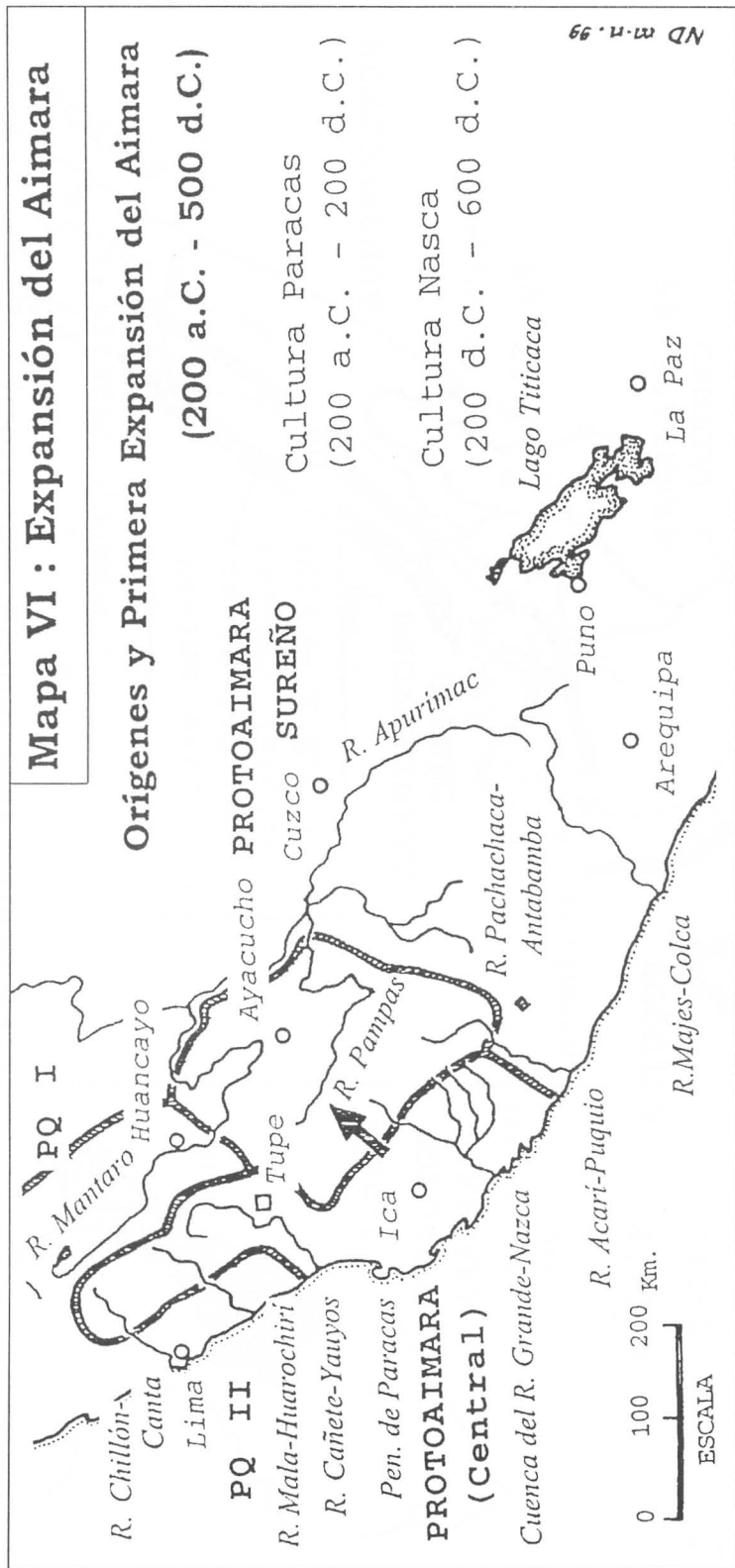


Fig. 1. Mapa de la primera expansión del aimara (de Cerrón-Palomino 2000).

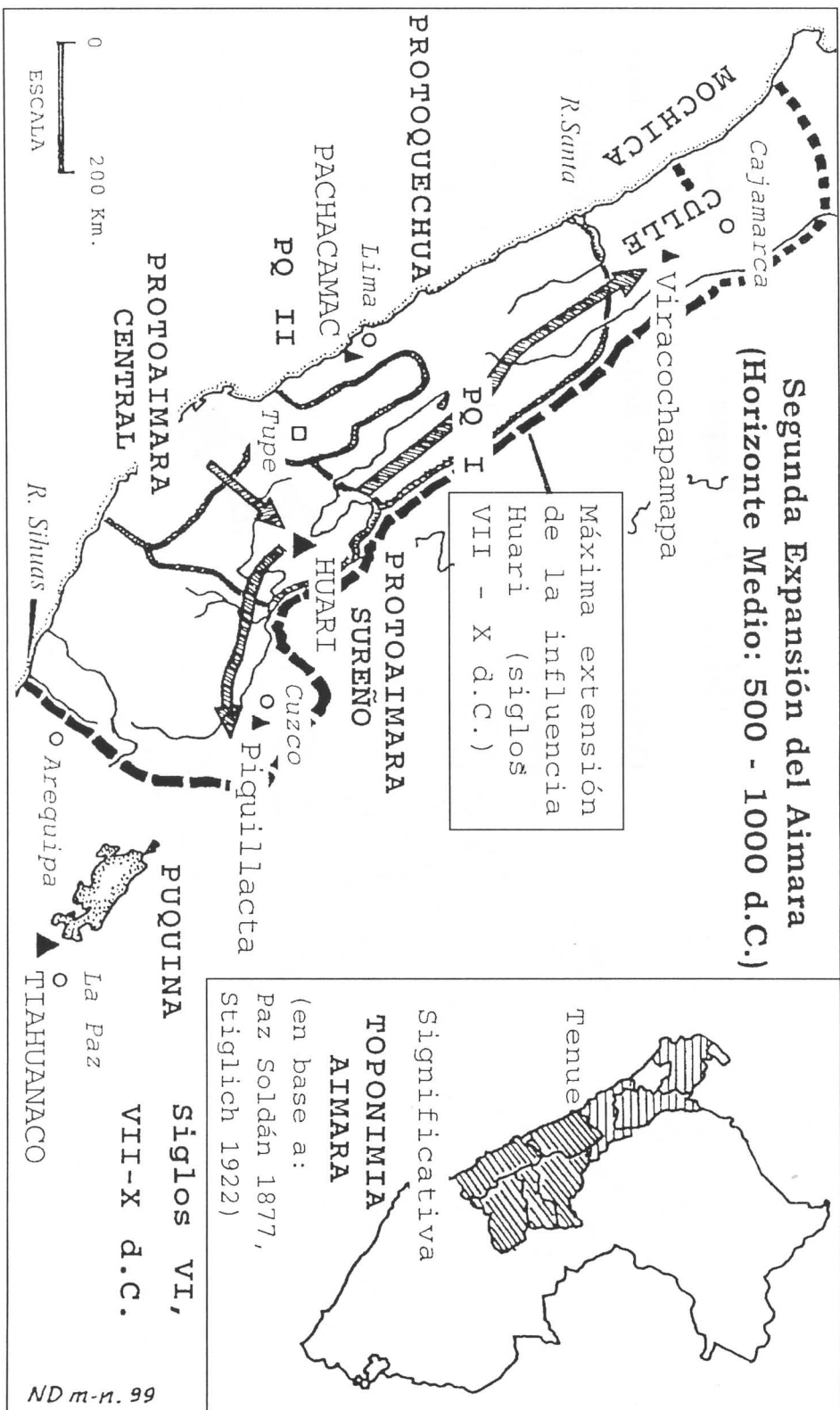


Fig. 2. Mapa de la segunda expansión del aimara (de Cerrón-Palomino 2000).

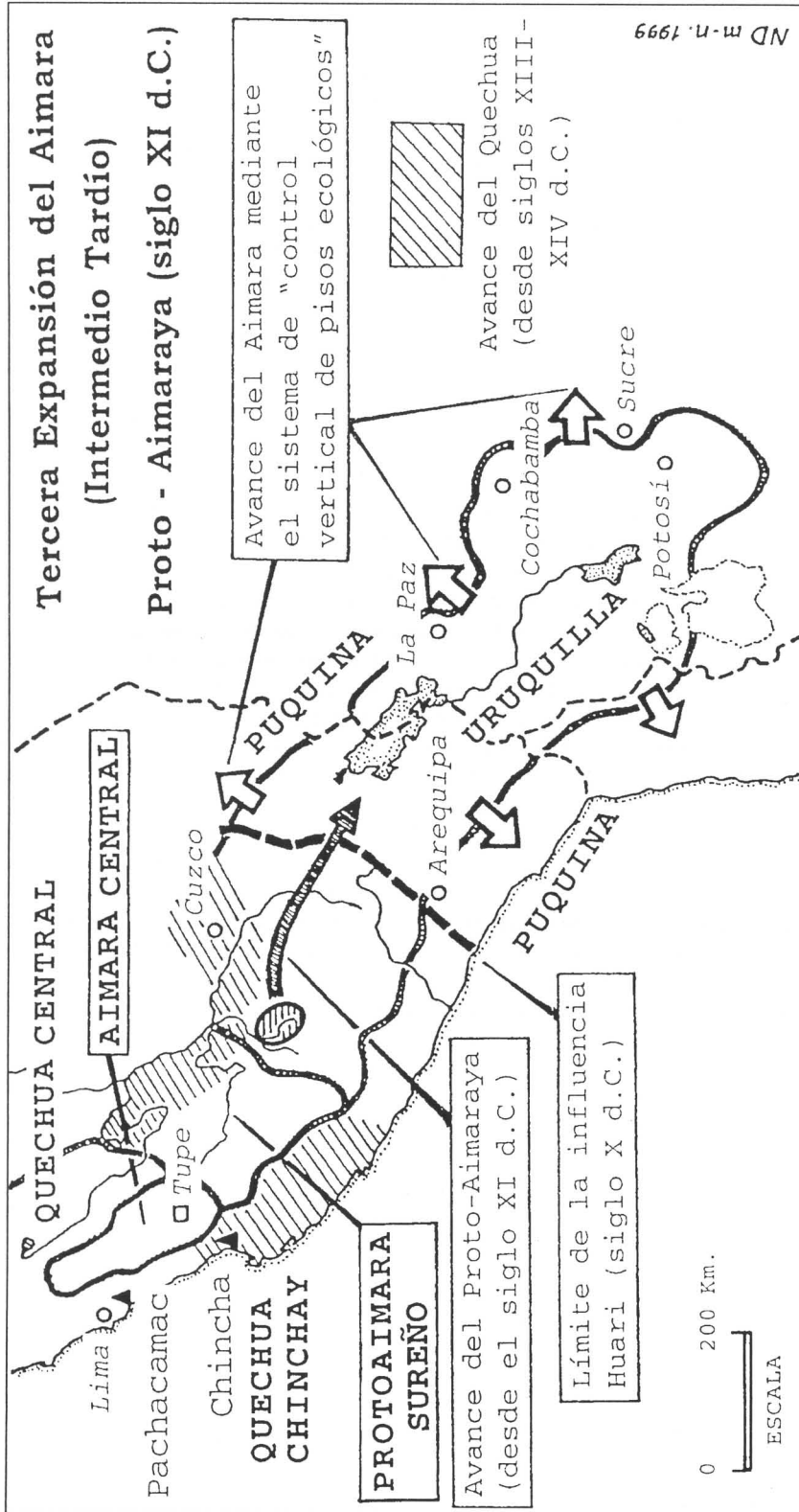


Fig. 3. Mapa de la tercera expansión del aimara (de Cerrón-Palomino 2000).

rio no pudo haber sido sino la sierra central peruana. De otro lado, desde el punto de vista arqueológico, y asumiendo que la lengua tiahuanacota fue el aimara, habría que postular una expansión político-militar de la sociedad tiahuanacuense en toda la región centro-sureña peruana, único modo de explicar las remodelaciones del quechua y del aimara, que no pueden achacarse a una simple incursión o a contactos de tipo religioso y cultural con Huari, que es lo que, sin embargo, se acepta entre los especialistas del Horizonte Medio. Por el contrario, la huella quechua que acusa el aimara altiplánico, como resultado de contactos idiomáticos preincaicos, y que ha sido detectada previamente por Middendorf y Uhle, sólo puede entenderse mejor a partir de una copresencia quechua-aimara muy temprana en los Andes Centrales y asumiendo la segunda de estas lenguas como el vehículo de la sociedad huari. De manera que, a modo de ver del autor, la hipótesis de la gran estabilidad local boliviana del aimara no parece tener sustento ni arqueológico ni lingüístico. Se deja a los arqueólogos la discusión del problema planteado por Browman en el sentido de que no habría evidencias de tipo material que expliquen la incursión de pueblos aimarófonos en el altiplano.

5. Epílogo

Recapitulando la discusión precedente, se quisiera resumir aquí algunos de los puntos más saltantes de la exposición. En primer lugar, la hipótesis del origen altiplánico del aimara, difundida por Browman, no parece tener asidero, pues por lo menos los fundamentos lingüísticos en los que se apoya carecen de sustento. En consecuencia, no hay bases para adscribir la lengua aimara a los fundadores de Tiahuanaco, ya que la lengua que él asume como la primordial, además de ser sólo una rama de la familia lingüística, lleva una marca indiscutible de su contacto con el quechua como resultado de una copresencia idiomática muy antigua que sólo pudo haberse efectuado en los Andes Centrales. De otro lado, tanto el quechua, que el mencionado investigador adscribe a la sociedad huari, como el aimara, en sus versiones sureñas, acusan una uniformidad tal que sólo puede explicarse como resultado de expansiones recientes en dirección sureste, primeramente realizadas por los pueblos de habla aimara y después por los de idioma quechua. Los datos etnohistóricos parecen corroborar tales expansiones tardías, en el siglo XI, en el caso de la lengua de Huari, y en el siglo XIV en lo que respecta al quechua. Se tiene, en fin, que la adscripción del aimara a la sociedad huari ha sido también postulada recientemente por Hiltunen (1999), en un intento bastante provocativo por reinterpretar la historia preincaica, sustentándose en los datos etnohistóricos y arqueológicos, e incluso lingüísticos, que esperan el escrutinio de los especialistas concernidos. Lingüísticamente, si bien los datos manejados por dicho autor son muy discutibles, por apoyarse en fuentes de dudosa calidad, la tesis central del aimara como lengua del Horizonte Medio, interactuando con el quechua, armoniza perfectamente con el cuadro de acontecimientos histórico-culturales y lingüísticos esbozados en las secciones precedentes.

REFERENCIAS

Bird, R. McK, D. Browman y Derbin

1983 Quechua and Maize: Mirrors of Central Andean Culture History, *Journal of the Steward Anthropological Society* 15, 1-2, 197-240, Urbana.

Bonavia, D.

1991 *Perú, hombre e historia. De los orígenes al siglo XV*, Edubanco, Lima.

Bouysse-Cassagne, T.

1987 *La identidad aymara: aproximación histórica*, Hisbol-IFEA, La Paz.

Briggs, L. T.

1993 *El aymara: variantes regionales y sociales*, ILCA, La Paz.

Browman, D. L.

1980 Tiwanaku Expansion and Altiplano Economic Patterns, *Estudios Arqueológicos*, 5, 107-120.

1981 New Light on Andean Tiwanaku, *American Scientist* 69, 408-419, Alexander, North Carolina.

1984 Tiwanaku: Development of Interzonal Trade and Economic Expansion in the Altiplano, en: D. Browman et al. (eds.), *Proceedings of the 44 International Congress of Americanists (Manchester, 1982)*, *BAR International Series* 194, 117-141, Oxford.

1994 Titicaca Basin Archaeolinguistics: Uru, Pukina and Aymara AD 750-1450, *World Archaeology* 26, 235-251, London.

Cerrón-Palomino, R.

1995 Tendencias actuales de la lingüística andina, en: A. Fernández y P. Viegas (eds.), *Actas de las II Jornadas de Lingüística Aborigen*, 51-77, UBA, Buenos Aires.

1998 Examen de la teoría aimarista de Uhle, en: P. Kaulicke (ed.), *Max Uhle y el Perú antiguo*, 85-120, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima. [También aparecido en *Indiana* 15, 79-106].

2000 *Lingüística aimara*, C.E.R.A. Bartolomé de Las Casas, Cuzco.

Espinoza Soriano, W.

1982 Fundamentos lingüísticos de la etnohistoria andina y comentario en torno al anónimo de Charcas de 1604, en: R. Cerrón-Palomino (comp.), *Aula Quechua*, 163-202, Signo Universitario, Lima.

1987 *Los incas. Economía, sociedad y estado en la era del Tahuantinsuyo*, Amaru, Lima.

Gisbert de Mesa, T.

1987a Los cronistas y las migraciones aimaras, *Historia y cultura* 12, 1-39, Lima.

1987b *Arte textil y mundo andino*, 128-147, Gisbert y Cía, La Paz.

Hardman, M.

1975 El jaqaru, el kawki y el aymara, *Actas del II Simposio del PILEI (Montevideo)*, 185-192, Galache, México.

Hiltunen, J. H.

1999 *Ancient Kings of Peru*, Suomen Historiallinen Seura, Helsinki.

Mercado de Peñalosa, P.

1965 Relación de la provincia de los Pacajes, en: *Relaciones Geográficas de Indias*, I, 334-341, Madrid. [1586]

Ramírez, B.

1906 Description del Reyno del Pirú, del sitio, temple, prouincias, obispados y ciudades, en: V. Maúrtua, [1597] *Juicio de límites entre el Perú y Bolivia. Prueba peruana*, tomo I, 281-363, Imprenta de Henrich y Comp., Barcelona.

Rostworowski, M.

1977 Breve ensayo sobre el señorío de Ychma, en: M. Rostworowski, *Etnia y sociedad*, 197-210, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

Torero, A.

- 1972 Lingüística e historia de la sociedad andina, en: A. Escobar (comp.), *El reto del multilingüismo en el Perú*, 51-106, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- 1998 El marco histórico-geográfico en la interacción quechua-arú, en: S. Dedenbach, C. Arellano, E. König y H. Prümers (eds.), *50 años de estudios americanistas en la Universidad de Bonn. Nuevas contribuciones a la arqueología, etnohistoria, etnolingüística y etnografía de las Américas*, 601-630, Universidad de Bonn, Bonn.

Zuidema, T. R.

- 1973 The Origin of the Inca Empire, en: *Les grandes empires. Recueils de la Société Jean Bodin pour l'histoire Comparative des Institutions* 31, 733-757, Paris.